

sentó el espectáculo de un mar á las inmediaciones de la plaza. Se cubrieron las aguas de embarcaciones holandesas, que hicieron grave daño á los españoles. Mas establecidos estos en terreno algo elevado, todavía se obstinaban en continuar tan azaroso sitio, hasta que fueron estrechados á tal punto, que se vieron obligados á dejar los muros de Leyden, emprendiendo su marcha por el terreno que les pareció hallarse menos inundado. Fué la retirada para ellos sumamente desastrosa, perseguidos y acosados á cada momento por los holandeses que iban en sus barcas, sufriendo además los horrores del hambre, pues perdieron en su marcha precipitada su artillería, sus trenes y bagajes.

A esta retirada de los españoles sucedió otra sedición militar del mismo carácter que la antecedente, agravada aquí por las acusaciones que se hicieron al capitán Francisco Valdés, diciendo que había sido sobornado para no dar el asalto de la plaza, con cuyo botín contaban tanto los soldados. Tal vez fue diferido este mas días de los que el mismo capitán había prometido, mas es improbable que se hubiese vendido por dinero, aunque se presume que influyeron en esta dilación los ruegos y lágrimas de una dama de la Haya, de quien el español se hallaba perdidamente enamorado. Llegó la sedición de los soldados hasta prender al capitán y nombrar en su lugar un electo, pidiendo al mismo tiempo sus sueldos devengados, de que se les había privado con no entrar á saco en Leyden, según les tenían prometido. En seguida marcharon á Utrecht, de cuya plaza se apoderaron, permaneciendo en este estado de insubordinación hasta que á ruegos del mismo Valdés fueron pagados por el gobernador general, con lo que se redujeron otra vez á la obediencia.

Resarcíó todas estas pérdidas el ejército español con otra expedición, en que tomaron algunas plazas de las provincias de Holanda y Güeldres, que aunque no considerables, disminuyeron muchísimo el terreno de los

sublevados. Se reforzó por el mismo tiempo este ejército con la llegada del conde de Anibal Altemps, que trajo de Alemania un tercio de cuatro mil infantes. Era este jefe un hombre muy perito y experimentado, antiguo en la milicia, que había servido ya con distinción en tiempo de Carlos V. y al mismo rey Felipe en las guerras de Africa y de Italia. Guarneció Requesens con estas tropas las plazas de Brabante, mientras con las otras emprendió una expedición con que esperaba poner término á la guerra.

Era el principal asiento de la insurrección la provincia de Zelanda, situada en la embocadura del Escalda, compuesta de islas divididas mas ó menos entre sí por varios brazos, que tanto se pueden considerar de mar como de río. A estas islas, pues, se dirigió la expedición del gobernador general; y como carecía de escuadra para invadirlas abiertamente por mar, adoptó el expediente de aprovecharse de los diferentes brazos que podían ofrecer paso á sus tropas donde el agua no estuviese muy profunda. La empresa era arriesgada, por la indispensable exploración de los pasajes ó vados que fuesen transitables para las tropas, así como de los sitios por donde pudiesen navegar las barcas. Se comisionó para la primera á Juan de Aranda, alférez español muy esforzado, y para la segunda á Rafael Barberino, italiano, y los dos, con auxilio de marineros y gente práctica de aquellos sitios, exploraron los altos y los bajos, tanteando las canales y su altura en las horas de marea baja, construyendo embarcaciones y barcos chatos para transporte de las tropas y demas cosas necesarias.

Concluidos los preparativos se embarcó la expedición en Amberes y descendió el Escalda. Estaba encomendado el mando de las tropas que debían obrar por mar á Sancho de Avila, y el de las de tierra á Cristóbal de Mondragon, dándose el del todo al maestro de campo general Vitelli. Ascendían los soldados á cuatro mil, y tomando el camino de Berg-op-zoom, pasaron á la isla de Thol-

ven, única en posesion entonces de los españoles. Se trasladaron desde aquí en barcos chatos á la de Philipelanda, inhabitada. Debian en seguida apoderarse de la de Dubelanda, ocupada por los enemigos y separada por un canal de la de Schowen, cuya capital es la plaza de Ziriczee, principal objeto de la empresa. Ofrecia el paso de Dubelanda muchísimas dificultades, pues ademas de hallarse fuertemente guarnecida, estaba separada de la Philipelanda por un estrecho de cuatro millas, formado por una reciente inundacion del mar que habia dejado varios escollos y desigualdades en el piso, sin ofrecer camino seguro ni á la gente que iba á pié ni á la que tratase de trasportarse en barcas. Pero no arredraron tantos peligros á los nuestros, pues mas de mil y setecientos hombres, soldados escogidos, entre los que se contaban muchos capitanes, se presentaron á arrostrar los riesgos de aquel paso. Eran los principales Isidro Pacheco, Gerónimo Serosque, Osorio de Ulloa, y Barberino y Aranda ya citados. A los riesgos del paso se añadieron las dificultades que puso el mismo principe de Orange, pues ademas de enviar algunos regimientos con que reforzó las guarniciones de Dubelanda y Ziriczee, hizo arrimar cuantas embarcaciones pudo á la costa, cerca del estrecho ya citado, para que con su artillería y demas armas arrojadas, pudiesen impedir el paso. Tomó ademas la precaucion de introducir por los canales y estrechos, á favor de la plea mar, cuantos barcos pudo llenos de gente, á fin de que encallados á la baja, pudiesen hacer fuego á los españoles, embarazados naturalmente con este nuevo obstáculo. Pero ignorantes de este nuevo riesgo, ó despreciándole tal vez, se echaron por el agua los soldados cuando les avisaron que estaba cerca el tiempo de la marea baja. Desnudos de armas defensivas y vestidos solo con calzoncillos y zapatos, pusieron en las puntas de las picas cada uno dos saquillos, uno lleno de pólvora y otro de pan de municion y queso, llevando ademas de la espada alabardas, arcabuces, y otros palas y azadones.

Tenian que arrostrar tan animosos soldados: primero, el agua por donde transitaban llena de escollos y bajíos; segundo, los enemigos en las barcas, que por los lados les amenazaban con su artillería; tercero, la guarnicion de la isla que los aguardaba con trincheras formadas en la playa. Comenzó la marcha á media noche, conduciendo el primer escuadron, compuesto de españoles, Juan Osorio de Ulloa. Iba mandando el último Gabriel de Peralta, capitan perito y esforzado. En medio de los dos trozos iban los gastadores con cien arcabuceros, componiendo en todo el número de dociientos y cincuenta hombres. Se puede concebir fácilmente con cuántas dificultades caminaria esta columna por entre tantos bajíos y escollos, dándoles el agua por mas de la mitad del cuerpo; no pudiendo moverse mas que de dos en dos ó de tres en tres, con paso vacilante, con exposicion de resbalar y de caerse. Se dice que en el momento de emprender la marcha, se vieron en toda la atmósfera exhalaciones y fuegos á manera de relámpagos. Tal vez seria alguna aureola boreal, fenómeno no muy raro en aquellas latitudes. Mas cualquiera que hubiese sido el hecho, le tuvieron muchos por un fuego celestial enviado para alumbrar la marcha de las tropas. Aprovechó esta circunstancia el capitan Osorio, que iba de vanguardia, para animar á los suyos, haciéndoles ver que aunque comprada con mil dificultades y peligros, obtendrian infaliblemente una victoria en que se les mostraba auxiliador el mismo cielo, pues enviaba aquellas antorchas para enseñarles el camino. Mas si estas luces fueron favorables á los nuestros, no dañaron sin duda á los contrarios, que los estaban aguardando en el camino. Por una parte les tiroteaban sus barcas, que se iban acercando á proporcion que crecia la marea, llegando algunos marineros prácticos de estos escollos y bajíos, hasta desembarcar y medirse de cerca con los españoles, sin que éstos viesen á los que les asestaban golpes á mansalva. Por otra parte les obstruian el camino las barcas que habian dejado encalladas

ex-profeso, y cuya gente les heria en todas direcciones, teniendo la ventaja de la altura en que se hallaban colocados. Pocas marchas se encuentran en los anales militares de mas peligros, y en que mas brillasen el arrojo y la audacia de un soldado. Se hallaba Requesens contemplando el espectáculo desde la playa, acompañado de un padre de la Compañía de Jesús, que dirigia oraciones por el buen logro de la empresa. Caminaban las tropas con la mayor prisa que podian en medio de tanta incertidumbre, peligros y ansiedades, no siendo pequeña la de ponerse á cubierto de la marea que crecia. Llegó ésta tan aprisa por la lentitud con que tenian que moverse, que el trozo de retaguardia se vió obligado á retroceder, desesperanzado ya de continuar su marcha sin riesgo inminente de ahogarse. La del medio, compuesta como hemos dicho de los gastadores y arcabuceros, se vió en el cruel conflicto de no poder seguir á la vanguardia ni tomar el ejemplo de los de la retaguardia; ¡tal era ya la altura á que les llegaba el agua! De los doscientos y cincuenta de que se componia, todos perecieron miserablemente menos nueve, llenando de espanto y de consternacion á los compañeros de su empresa, á los que los contemplaban desde la ribera, y aun causando lástima á los mismos enemigos que tal los hostigaban. Mientras tanto los de la vanguardia, que llevaban mucha delantera, redoblaron sus esfuerzos para vencer la fuerza de la marea, y al amanecer se vieron en el arenal de Dubelanda, donde las tropas de la guarnicion de la isla los aguardaban á pié enjoto y fuertemente atrincherados. No habia para los españoles mas salvacion que la victoria, teniendo enteramente obstruido el camino de la retirada. Sin detenerse el capitán Osorio en arengar á sus valientes, acometió el primero con espada en mano á los contrarios. Siguiéron los suyos con entusiasmo tan valiente ejemplo, y llenos de coraje, aconsejados de su desesperacion, como hombres para quienes no habia mas alternativa que la muerte ó la victoria, arrollaron á los holandeses, quie-

nes viendo muerto á su gobernador Boissot, abandonaron sus trincheras, quedando los españoles dueños de la isla. Costó cara la ocupacion de la isla de Dubelanda á nuestras tropas. Entre los muertos de consideracion se cuenta el capitán Pacheco, quien viéndose mortalmente herido, exhortó á los soldados que trataban de auxiliarle á que le dejasen como cosa inútil y marchasen á tomar parte en la victoria que los aguardaba.

La simple relacion de este hecho de armas envuelve su mayor elogio. Cogieron los españoles el fruto de tanta osadía á la vista de tantos testigos de su triunfo; unos que llenaban el aire de aclamaciones, y otros que quedaron como atónitos al contemplar vencedores á los que daban ya por sepultados en los mares. Abandonaron las naves enemigas aquellos parajes, y se dirigieron hácia la isla de Escaldia para ponerla á cubierto del golpe de mano que la amenazaba, pues suponian que era el blanco principal de la expedicion que habia bajado el Escalda desde Amberes. Con esto facilitaron el paso á Requesens y á los otros jefes que se habian quedado en Philipelanda, y se reunieron en Dubelanda con las tropas victoriosas. Fácil es concebir los sentimientos de gozo con que se vieron estas tropas reunidas, y las alabanzas y felicitaciones de que fueron objeto el capitán Osorio y los valientes que con tanta exposicion habian coronado aquella empresa.

Después de haber hecho conducir los heridos á Amsterdam, continuaron los españoles su expedicion, y tuvieron que emprender su marcha por los mismos parajes de bajíos y de escollos que los habian traído hasta Dubelanda. Con iguales peligros y dificultades llegaron á la vista de Schowen, donde los enemigos habian acudido á ponerla en estado de defensa. Mas nada detuvo la marcha de los españoles. Antes de llegar á la plaza de Ziriczee, capital de la isla de Schowen, tenian que pasar por tres fuertes ocupados por el enemigo. No hizo el primero resistencia alguna: en la toma del segundo perdieron los

españoles sesenta hombres, y entre ellos al capitán Peralta. Mayor resistencia les aguardaba en el tercero, llamado Bomen, cuyos fosos á pleamar impedían la aproximación á dicha fortaleza. Aprovecharon los españoles la bajada de la marea para embestir la plaza; mas habiendo hecho los de adentro una obstinada resistencia, tuvieron los españoles que retirarse de sus muros á la subida de la misma. Volvieron el día siguiente, aprovechándose asimismo del reflujo. Se trabó un combate tan obstinado como el día anterior, que duró cerca de cinco horas, confiando los de adentro en que la vuelta de la marea haría retroceder de nuevo á los españoles, y obstinándose de nuevo éstos por no sufrir por segunda vez este desaire. Por fin se decidió la victoria á favor de los nuestros, y redoblando el furor de su ataque, entraron victoriosos en la plaza.

Pasaron de este punto al sitio de Ziriczee, fin y término de la expedición. En vano el príncipe de Orange intentó entrarse en el puerto con sus navíos. Los españoles se lo impidieron cerrando el puerto con fuertísimas cadenas de hierro, quedando así libres y desembarazados para continuar el sitio que pusieron á la plaza. Se defendieron la guarnición y habitantes con notable obstinación, y el asedio no fué negocio de muy poco tiempo. Mas al fin, después de destruidas las murallas y reducidos al mayor apuro los valientes defensores, se apoderaron los españoles de Ziriczee, donde el despojo fué muy corto y no proporcionado á la gloria que adquirieron.

Figura mucho esta expedición de Zelanda en una guerra tan célebre por su duración como por las hazañas militares á que dió motivo. En ella adquirieron los españoles grande nombradía como soldados valientes y esforzados; y prescindiendo aquí de la causa política que sustentaban, no se les puede defraudar de los elogios que merecen como militares. Aquellos hombres que hacia poco estaban en abierta rebelión contra la autoridad legi-

tima, se expusieron ahora á los mayores peligros, y corrieron como á una muerte cierta á la voz de los mismos jefes que entonces desoían. Otras sediciones se siguieron, como se verá mas adelante: otros peligros de igual cuantía arrostraron denodados; prueba de lo distinto que es el hombre de sí mismo en varias ocasiones, y lo fácilmente que cede, tanto á la llama pasajera del entusiasmo, tratándose de cosas grandes, como á la de sus pasiones mezquinas en las mas bajas y pequeñas.

Fué seguida esta gloriosa expedición de la muerte de dos grandes personajes que en ella figuraron, siendo la primera la de Chapino Vitelli, maestro de campo general, italiano de nación, capitán de esfuerzo y de experiencia, muy entendido en la milicia, que habia servido con distinción en varias guerras. La elección que de él hizo el duque de Alba para su maestro de campo general, es una prueba de su mérito eminente. Mostró en las campañas de Flandes, tanto á las órdenes de este general como de su sucesor don Luis de Requesens, que era muy digno de su cargo. Igualaba su pericia militar á su valor; era hombre tanto de mano como de consejo. Después de tomar disposiciones para un día de batalla, combatía con el arrojo de un soldado. Varias veces se presentó herido en las batallas para dar ejemplo, y se puede decir que á este arrojo, que á este poco cuidado por la conservación de su salud, se puede achacar su muerte, hallándose ya en la edad madura de cincuenta y seis años.

Sintió muchísimo su pérdida don Luis de Requesens, y mandó que fuese sepultado en Amberes con toda la pompa y solemnidad debida á su clase y á su mérito. Mas se hallaba ya como herido de muerte el gobernador general al dar estas disposiciones; pues á los pocos días de llegar á Bruselas de vuelta de la expedición, falleció á impulsos de una enfermedad que hacia tiempo le aquejaba.

Fué sin duda don Luis de Requesens hombre de mérito por sus servicios y antecedentes de su larga carrera,

consagrada al servicio del Estado. Su nombramiento para el gobierno de los Países-Bajos, por un rey como el de España, manifiesta que era hombre de valer y de servicios. Su conducta en este cargo, digna de alabanza bajo cierto aspecto, abrió campo á la censura de los que atribuyeron á la suavidad de su carácter los desmanes de las tropas y hasta de los mismos pueblos, á quienes se les permitió la satisfacción de sus agravios. Es probable que bajo la autoridad del duque de Alba, no se hubiesen atrevido las primeras á prorumpir en abierta sedición, ni los segundos á mostrarse tan exigentes y orgullosos; mas tampoco figura en sus hechos militares en los Países-Bajos una cosa tan expuesta y arrojada, como la expedición de la provincia de Zelanda. Es muy cierto que don Luis de Requesens se sentía abrumado bajo el peso de un gobierno de tanta responsabilidad como el que se le habia encomendado, y que murió con la ansiedad de un hombre cercado de gravísimos cuidados, no siendo el menor el que le causaban su apuro pecuniarios.

CAPITULO XLIV.

Continuacion del anterior.—Estado del país á la muerte de don Luis de Requesens.—Conferencias en Breda.—Toma el Consejo de Estado las riendas del gobierno.—Nueva sedición de las tropas españolas.—Se apoderan los sublevados de Alost.—Medidas de represion por el Consejo de Estado.—Tumulto en Bruselas.—Deponen al gobernador y arrestan á muchos individuos del Consejo.—Se disuelve éste.—Queda el gobierno en manos de los diputados de la provincia.—Confederacion de Gante.—Se traslada á Bruselas.—Decretos contra las tropas españolas.—Adhesion del principe de Orange á la confederacion.—Se apoderan los españoles sublevados de Maestricht.—Asalto de Amberes por la guarnicion española del castillo mandada por Sancho de Ayala.—Toma y saqueo de la plaza.—Acriminations mútuas.—Llegada á los Países-Bajos del nuevo gobernador general don Juan de Austria. (1)

1576.

A la muerte de don Luis de Requesens ofrecian los asuntos de los Países-Bajos un aspecto mas favorable á los intereses de España, que cuando dejó su gobierno el duque de Alba. Además de que no estaban ya los ánimos tan irritados contra la dominacion del rey, como en tiempo de su antecesor, se habia agrandado el territorio del país sujeto á su obediencia. Verdad es que se habia perdido la plaza fuerte de Middelburgo; mas la toma tan gloriosa de la de Ziriczee habia compensado aquella desventaja. Con la muerte de Luis de Nassau habia desaparecido uno de los enemigos mas activos y temibles de Felipe II, y la inquietud de otra nueva invasion de las tropas alemanas. Permanecia el principe de Orange inactivo, á lo menos en la parte militar, hallándose sin fuerzas para recobrar las plazas que le acababan de tomar los españoles. Estaba reducida la insurreccion á la provincia de Zelanda y las costas de las provincias seten-

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.